

— ¡ Oh! sí, es honrada, es buena. Cuando por la pérdida del diamante nos vió tan apurados que quiso colocarse de criada para no sernos gravosa, bien sabes tú lo que me costó permitirle que lo hiciera. ¡ Ella criada, humillada, maltratada quizás; ella tan orgullosa, cuando nosotros riéndonos, porque entonces nos reíamos, la llamábamos la *princesa* porque decía que á puro de limpiar nuestra guardilla se convertiría en un palacio! ¡ Pobre hija mía! todo mi afán hubiera sido conservarla cerca de nosotros aún cuando para ello hubiera tenido que pasar las noches trabajando. Cuando la veía sentada cerca de este banco, y escuchaba sus cantares el trabajo no se me hacia pesado. ¡ Pobre Luisa! ¡ tan laboriosa y tan jovial con todos hasta con tu madre á la cual obligaba á hacer cuanto quería! ¡ A ti con qué afán no te cuidaba! ¡ cómo te distraía! ¡ con qué dulzura se ocupaba de sus hermanos! Para todo tenía tiempo, y con ella ha desaparecido nuestra dicha.

— No me recuerdes eso, Morel, dijo Magdalena deshaciéndose en llanto, me despedazas el corazón.

— ¿ Y cuando pienso que quizás ese monstruo... ¡ Oh! esta idea me trastorna el juicio, y me dan tentaciones de ir á matarlo y de matarme después.

— Y qué sería de nosotros? Además yo creo que exageras : el notario le habrá dicho todo eso á Luisa como en broma, pues es hombre que no falta á misa los días festivos, anda siempre tras de los curas y en opinión de muchas gentes el dinero está más seguro en su casa que en la caja de ahorros.

— Todo esto no prueba sino que es rico y tal vez hipócrita : yo conozco á Luisa, sé que es honrada, pero nos ama como no ama á nadie, su corazón se despedaza al ver nuestra miseria, sabe que sin mí os moriríais de hambre sin remedio, y si el notario la ha amenazado con meterme en la cárcel no sé... ¡ Oh! ¡ me volvería loco!

— Si así fuera, el notario le habría dado dinero y hecho regalos, y seguro está que ella se hubiera guardado cosa alguna para sí.

— Calla, no concibo cómo se te ocurren tales ideas. ¡ Luisa aceptar, Luisa!

— Pero no para ella sino para nosotros.

— Calla, calla, que tus palabras me horrorizan. Sin mí, no sé dónde hubierais ido á parar tú y mis hijos.

— ¿ Pero qué cosa mala he dicho?

— Ninguna.

— Pues bien : ¿ por qué temes?

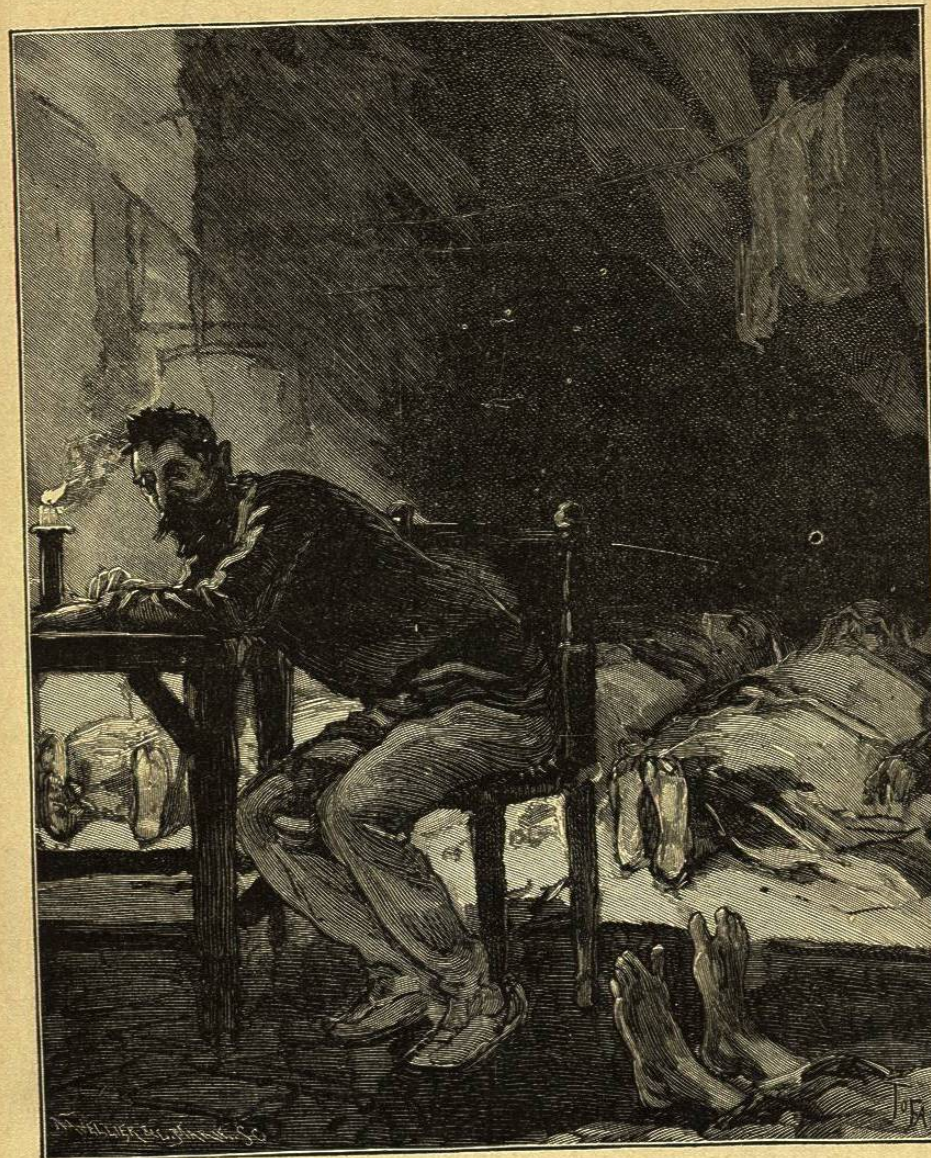
— El lapidario interrumpió á su mujer y dijo : Temo porque de tres meses á esta parte observo que cada vez que Luisa viene y me abraza, le salen los colores á la cara.

— De alegría que siente al verte.

— Ó de vergüenza. Cada día está más triste.

— Porque cada día nos ve más desgraciados, y cuando le hablo del notario dice que ahora ya no la amenaza con meterte en la cárcel.

— Sí. ¡ Pero á qué precio no la amenaza! Luisa no lo dice, pero se aver-



En aquel momento llamaron con fuerza á la puerta.

güenza al abrazarme. Cruel sería que un amo dijese á una muchacha honrada cuya subsistencia depende de él : cede ó te echo de mi casa, y si vienen á pedirme informes de ti, diré que eres muy mala y nadie querárecibirte;

pero decirle : cede ó hago meter en la cárcel á tu padre, y decírselo cuando sabe que toda la familia depende del trabajo de ese padre, esto es mil veces más cruel y más odioso y más criminal.

— Cuando pienso que con uno de los diamantes que están sobre esa mesa tendrías con que reembolsar al notario, sacar á tu hija de su casa y tenerla en la nuestra, es cosa que desespera.

— Aunque me repitas eso mismo cien veces ¿ qué adelantaremos ? Es muy cierto que si yo fuese rico, no sería pobre.

La probidad de Morel era de tal manera instintiva, que no le ocurría que su mujer abatida y contrariada por la desgracia pudiese concebir ninguna idea mala, ni proponerse tentar su probada honradez. Después de un momento de silencio prosiguió con tono amargo: Es preciso resignarse : ¡ felices aquellos que pueden tener á sus hijos al lado y defenderlos de las asechanzas ; ¿ pero una hija de la clase del pueblo qué defensores tiene ? Ninguno. Cuando está en estado de ganar alguna cosa, se va por la mañana al taller, no vuelve á casa hasta la noche, y durante ese tiempo la madre trabaja por un lado y el padre por otro. Toda la fortuna de las gentes de nuestra clase consiste en el tiempo, y el pan está tan caro que no nos queda lugar para vigilar la conducta de nuestras hijas, y luego se oye hablar de la conducta de las muchachas pobres, como si sus padres tuviesen medios de guardarlas en su casa ó tiempo de vigilarlas cuando están fuera de ella. Las privaciones que sufrimos nada valen comparadas con la pena de dejar á nuestra mujer, á nuestros hijos y á nuestro padre. Á nosotros los pobres es á quienes más convendría y consolara la presencia de la familia y apenas nuestros hijos llegan á tener uso de razón nos vemos precisados á separarnos de ellos.

En aquel momento llamaron con fuerza á la puerta de la guardilla.

## XX

## EL MANDATO DE PAGO

Se levantó asombrado el lapidario, abrió la puerta y dos hombres entraron en la guardilla.

Uno de ellos, alto, flaco, de cara innoble y granujienta escondida entre dos grandes patillas negras, llevaba en la mano un grueso bastón emplomado, y un sombrero abollado en la cabeza, y vestida una larga levita verde salpicada de lodo y abotonada. El cuello de la levita, que era bajo, dejaba descubierto un pescuezo largo, encarnado y pelado como el de un buitre viejo... Este hombre se llamaba Malicornio.

El otro era más hajo, de cara también ordinaria y abotargada, gordo y rechoncho, é iba vestido con una especie de suntuosidad grotesca. Dos botones de brillantes unían los pliegues de su camisa, cuya limpieza era problemática, y una larga cadena de oro caía sobre su chaleco escocés, que hacía un raro contraste con su paletó de felpa amarillenta...

Se llamaba Bordón.

— ¡ Oh, esto huele á miseria ! — dijo Malicornio deteniéndose en el umbral.

— ¡ No huele á rosas ! ¡ qué parroquianos ! ¡ eh ! — repuso Bordón haciendo un gesto de asco y de desprecio ; y luego se adelantó hacia el artesano que lo miraba con sorpresa é indignación.

En la puerta, que había quedado entreabierta, vió la cara del Cojuelo que había seguido disimuladamente á los desconocidos para ver lo que ocurría.

— ¿ Á quién buscáis ? — dijo con mal tono el lapidario, exasperado por la brutalidad de estos dos hombres.

— Á Jerónimo Morel — repuso Bordón.

— Yo soy...

— ¿ Sois lapidario ?

— ¡ Si !

— ¿ Estáis seguro ?

— Vuelvo á deciros que soy yo... No hay que incomodarme... ¿ Qué queréis?... ¡ explicaos, ó marchaos de aquí !...

— ¡ Vaya una urbanidad !... muchas gracias... ¿ Qué te parece, Malicornio ? — repuso el hombre volviéndose hacia su camarada — esto está más *barrido*... que la casa del vizconde de Saint-Remy.

— No hay duda... pero en las casas de esos señores se encuentra uno con cara de palo, como nos sucedió en la calle de Chaillot. El pájaro había volado la víspera más que de prisa... pero á estos marranos siempre se les encuentra en su pocilga.

— Ya lo creo ; éstos no desean más que los metan en la cárcel para tener pan que llevar á la boca.

— Buen tonto puede ser el acreedor, porque el negocio le costará más de lo que vale... pero con su pan se lo coma.

— Si no estuvierais borrachos — dijo Morel — como parece que estáis, puede ser que me incomodase... ¡ Vamos, pronto, fuera de mi casa !

— ¡ Qué tal ! parece que tiene humos el tío *joba* — dijo Bordón aludiendo á la inclinación del cuerpo del lapidario. — ¿ Qué te parece, Malicornio ? y tiene valor para llamar á esto su casa... á fe que no metería yo mi perro en semejante cubil.

— ¡ Ay Dios mío ! ¡ Dios mío ! — gritó Magdalena llena de tal espanto, que hasta entonces no había podido articular una sola palabra — llama, pide